

— dijo Tom. — No hay que perder tiempo. Te aguardaré en el andén, cuando regreses. ¿Verdad, querida Lu, que esto es sorprendente?

CAPÍTULO XVII

EFEECTO EN EL BANCO

El día de San Juan hizo una hermosa mañana, brillando el sol con todo su esplendor. Esto sucedía de vez en cuando, hasta en Cokeville.

Contemplada á cierta distancia, con aquel tiempo, se veía Cokeville envuelta por un halo de niebla humeante, que le era propia y que parecía impermeable á los rayos del sol. Se adivinaba que la ciudad se encontraba allí, pues que solo la presencia de una población, como era sabido, podía explicar aquel topo que afeaba el paisaje. Un vapor de hollín y de humo, dirigiéndose confusamente, ya de un lado, ya de otro, parecía unas veces querer remontarse al firmamento, otras se arrastraba de un modo tenebroso por el suelo, según si el viento caía, se elevaba ó cambiaba de dirección: una mezcla confusa, informe y densa, con algunos girones iluminados, que sólo daban luz

á masas de oscuridad. Cokeville se anunciaba á distancia por lo que era, antes que pudiera columbrarse uno solo de sus ladrillos.

Lo más sorprendente era que la ciudad estuviese aún allí. Había sido arruinada tan á menudo, que su resistencia á tantas sacudidas era maravillosa. Ciertamente que no se ha visto nunca barro de porcelana más frágil que el que los fabricantes de Cokeville habían amasado. Por más que se modelara con precaución, ponían tal gusto en hacerse añicos, que no podía uno librarse de suponer que estaba rajado desde mucho tiempo. Se les había arruinado, según decían, al obligárseles á llevar á la escuela á los niños de las fábricas; se les arruinó al nombrarse inspectores para el examen de sus talleres, cuando aquéllos, mal aleccionados, expresaron la duda escrupulosa de que los hiladores tuviesen derecho de magullar á la gente en sus máquinas; estaban perdidos, sin remisión, cuando se permitieron insinuarles que, en ciertas ocasiones, podían hacer menos humo. Además de la cuchara de oro del Sr. Bunderby, que era aceptada generalmente en Cokeville, existía otra ficción bastante extendida entre los fabricantes. Se ofrecía bajo forma de amenaza. No bien un cokeburgués se sentía ultrajado, es decir, cuando no se le dejaba

tranquilo y querían impugnarle las consecuencias de sus actos, no dejaba nunca de proferir la siguiente amenaza: « Antes desearía tirar mis bienes al Océano Atlántico ». Más de una vez había temblado por ello el ministro del Interior, de pies á cabeza.

Los cokeburgueses, á pesar de todo, mostrábanse tan patriotas que, lejos de tirar sus bienes al Océano Atlántico, tenían la bondad, al contrario, de cuidar mucho de ellos. La ciudad estaba siempre allí, envuelta en su halo de niebla, que no hacía más que crecer y hermosearla.

Aquel día las calles eran cálidas y polvorientes, y el sol era tan espléndido, que brillaba á través del cargado vapor, suspendido encima de Cokeville, que no se podía mirar fijamente. Los fogoneros salían de diversos sitios subterráneos, mostrándose en el patio de las fábricas, sentados en las escaleras, en vigas y andamios, enjugando su semblante de bronce y contemplando los montones de carbón. La ciudad parecía freír en una sartén. En todas partes se sentía un olor de aceite hervido. Este relucía en las máquinas de vapor, ensuciaba la ropa de los obreros, rezumaba y chorreaba por los numerosos pisos de cada fábrica. La atmósfera de aquellos palacios encantados

pareciase al soplo del simún; y los naturales del país, agobiados por el calor, avanzaban por el desierto con indolencia. Ninguna temperatura podía aumentar ó disminuir la locura de aquellos elefantes atacados de melancolía. Sus hostigantes cabezas se alzaban y bajaban, sin cambiar de movimiento, ya fuese el tiempo cálido ó frío, húmedo ó seco, bueno ó malo. La sombra que proyectaba en la pared su gesto uniforme, era la única que emplease Cokeville en sustitución de la que cae, temblorosamente, en los bosques; del mismo modo que, para suplir al zumbido de los insectos de verano, sólo podía ofrecer, en el curso del año, desde la aurora del lunes hasta la noche del sábado, la música del rechinar de ruedas y el murmullo del árbol de reposo.

Durante aquel hermoso día no hubo otra música, y el caminante que pasaba cerca de las resonantes paredes de las fábricas, oyendo aquel ruido amodorrador, sentía más calor y tenía mayores ganas de dormir. El riego y las cortinas refrescaban algo las grandes calles y las tiendas; pero las fábricas, patios y avenidas estrechas cocían en el zumo. Allí, en el río ennegrecido y espeso por alguna droga de tinctura, algunos chicuelos en libertad, lo que era raro en aquel sitio, se paseaban en un barco

descalabrado, cuya pesada marcha se veía por una estela de espuma, mientras que cada golpe de remo levantaba olores infectos. Pero el mismo sol, bienhechor de ordinario, mostrábase menos favorable á Cokeville que el frío más rigoroso, y raro era que dirijiese una mirada penetrante á los barrios populosos de la ciudad, sin causar más defunciones que nacimientos. De esta manera el mismo ojo del cielo se convierte en mala mirada, cuando manos sordidas é incapaces se interponen entre él y los objetos que sus rayos venían á bendecir.

La Sra. Sparsit está sentada, en la casa de banca, en el sitio más sombreado de la calle, que se tuesta al sol: en el salón de la tarde. Los despachos están cerrados; y en tal hora del día la Sra. Sparsit tiene costumbre de hermo-sear con su persona la sala de consejo, situada encima de la caja. Su salón particular se halla en un piso más arriba; desde allí, en lo alto de una ventana, que le sirve de observatorio, acoje todas las mañanas al Sr. Bounderby, al atravesar éste la calle, con el saludo de pésame que hay que dirigir á una víctima. Hace un año ya que el Sr. Bounderby está casado, y la Sra. Sparsit no le ha librado un solo día de su obstinada piedad.

El aspecto de la casa de banca nada ofrece

que pueda turbar la monotonía de la población. Es otra casa con ladrillos rojos, con postigos negros en el exterior y cortinas verdes en el interior, con una negra puerta de entrada, que adornan dos peldaños blancos, una placa y un pomo de cobre. La casa de banca es algo más espaciosa que la habitación particular del Sr. Bounderby, la cual resulta, por su parte, cuatro ó cinco veces mayor que las otras de la ciudad. En lo restante se conforma todo al modelo.

La Sra. Sparsit tenía la convicción de que, al bajar, por la noche, á ver los pupitres y demás accesorios de la contabilidad, espareía un encanto femenino, para no decir aristocrático, en el despacho. Sentada junto á la celosía, con sa bordado ó su labor de punto, se lison-jeaba de desvanecer, con sus modales distinguidos, el aspecto vulgar de aquellos sitios consagrados á los negocios. Gracias á semejante idea de su interesante misión, la Sra. Sparsit se creía, en cierto modo, el hada de la casa de banca. La gente de la población que la veía allí, yendo y viniendo, no tenía precisamente una idea análoga de ello: la miraban como al dragón de la casa de banca, encargado de velar por los tesoros de la mina.

La Sra. Sparsit ignoraba, como los transeuntes, cuál era la naturaleza de tal tesoro. Oro

y plata en metálico, billetes y secretos que, de ser divulgados, podían ocasionar, de tal ó cual manera, la ruína de determinados personajes (gente, de ordinario, á la que ella no quería), siendo los principales artículos que figuraban en el inventario ideal que ella se forjaba de tal riqueza. Cuanto á lo demás, sabía que, después de cerrada la oficina, reinaba ella en los muebles de la casa de banca, como dueña absoluta, y en un cuarto bardado con hierro y cerrado con triple cerrojo, en el puerta del cual el mozo apoyaba todas las noches la cabeza, acostado en un catre de tijera, que desaparecía con el canto del gallo. Además, era señora soberana de ciertas cuevas prohibidas, por soportes, á los ladrones; así como del residuo del trabajo diario: borrones de tinta, mangos de pluma, fragmentos de obleas y trozos de papel, hechos añicos, de modo tal que no podía descifrar en ellos ningún hecho interesante, al tratar de leerlos. Además, tenía bajo su custodia un arsenal de cuchillos y carabinas, que estaban dispuestos, en orden formidable, encima de una de las chimeneas oficiales; y la vigilancia de esa institución respetable, que no debe olvidar nunca un establecimiento con visos de opulencia, poseyendo una hilera de cubos para incendios, utensilios que no están destinados á

ejercer ningún servicio especial, pero que producían una influencia moral en la mayor parte de los espectadores, de efecto seguro, imponiéndoseles lo mismo que si fuesen lingotes de igual calibre.

Una criada sorda y el mozo completaban la soberanía de la Sra. Sparsit. Decíase que la criada sorda era rica; entre la clase obrera de Cokeville circulaban rumores, desde muchos años, de que la asesinarían alguna noche, después de cerradas las oficinas, para robarle el dinero. Creían, en general, que la época había ya vencido, de mucho tiempo á esta parte, y que la profecía se había atrasado en su cumplimiento; lo que no la impedía que continuase guardando su puesto, tanto en el mundo como en la banca, con una tenacidad que no era hija de un buen carácter, causando mucho descontento y sorpresa á los creyentes desilusionados.

Acababa de servirse el te á la Sra. Sparsit, en una impertinente mesita, que pretendía erguirse en sus tres piés, y que dicha señora unía, una vez cerrado el despacho, á la gran mesa oficial, larga, severa, cubierta con badana, pavoneándose en medio de la sala del consejo. En este trébede colocó el mozo la fuente, alzando el puño hasta la sien, en forma de homenaje y saludo reverenciosos.

— Gracias, Bitzer — dijo la Sra. Sparsit.

— Soy yo quien debe dárselas, señora — respondió el mozo.

Este era un hombre bastante endeble, como el día en que le vimos guiñar del ojo en la escuela, al definir un caballo por cuenta de la niña número veinte.

— ¿Está todo cerrado, Bitzer? — preguntó la Sra. Sparsit.

— Todo, señora.

— Y ¿qué se dice — prosiguió la Sra. Sparsit, vertiendo el te — y qué se dice de nuevo? ¿Hay algo?

— Cuanto á eso, señora, no puedo alabarme de haber oído nada nuevo. La gente de aquí no vale gran cosa, señora; pero esto no es una noticia, desgraciadamente.

— ¿Qué hacen, pues, esos picaros? ¿No sabrán estar tranquilos? — preguntó la Sra. Sparsit.

— Siempre el mismo cuento, señora. Se asocian, se confabulan, apoyándose unos á otros.

— Es de lamentar — dijo la Sra. Sparsit, dando á su nariz una expresión más romana y frunciendo más que nunca, en el exceso de su severidad, las cejas coriolanescas — que los principales, estando asociados, toleren semejantes asociaciones en sus dependientes.

— Sí, señora — dijo Bitzer.

— Y ya que se han asociado entre sí, deberían decidirse, todos ellos, á no emplear ningún obrero que estuviere asociado con otro.

— Lo han intentado, señora — replicó Bitzer — mas no han tenido éxito: ha sido preciso renunciar á ese propósito.

— No pretendo entender de tales cosas — dijo la Sra. Sparsit con dignidad — ya que mi destino me condujo á otra esfera; y el señor Sparsit, en su calidad de Powler, se encontraba igualmente alejado de discusiones por el estilo. Pero sé bien que hay que domar á esas gentes y que es tiempo ya de que ello se haga, una vez por todas.

— Sí, señora — replicó Bitzer, manifestando el mayor respeto por la autoridad profética de la Sra. Sparsit. — Ha puesto V. el dedo en la llaga, señora, no cabe duda.

Siendo la hora en que acostumbraba sostener una conversación íntima con la Sra. Sparsit y habiendo leído en la mirada [de la dama que quería hacerle alguna pregunta, entretúvose en arreglar los tinteros, las reglas, etc., mientras ella concluía de tomar el te, lanzando algún vistazo á la calle, por la ventana abierta.

— ¿Ha habido mucho trabajo hoy, Bitzer? — preguntó la Sra. Sparsit.

— No mucho, milady. Un día mediano.

En su conversación Bitzer deslizaba, de vez en cuando, alguno que otro *milady* por *señora*, como homenaje rendido involuntariamente á la dignidad personal de la Sra. Sparsit.

— Los dependientes — dijo la Sra. Sparsit, sacudiendo cuidadosamente de su mitón izquierdo una miga imperceptible de pan y manteca — serán dignos de confianza, exactos y asíduos al trabajo ¿no es eso?

— Sí, señora; no hay que decir gran cosa por ello : dejando aparte la excepción de costumbre, se entiende.

En la casa de banca, Bitzer ejercía las funciones honrosas de espía y, en remuneración de sus servicios benévolos, recibía un regalo por Navidad, además del sueldo. Era ya un joven despabilado, circunspecto y prudente, que no podía dejar de hacer su camino. Su espíritu estaba arreglado con tanta exactitud, que no tenía afecciones ni pasiones. Todos sus actos eran consecuencia de un cálculo frío y minucioso ; y no era sin razón que la Sra. Sparsit se complacía en manifestar que no había conocido ningún joven de principios más firmes que los de Bitzer. Habiéndose cerciorado, cuando la muerte de su padre, de que la Sra. Bitzer tenía derecho de residencia en Cokeville, ese digno economista de menor edad había

invocado ese derecho, sujetándose con tal obstinación á tal principio, que la viuda fué reclusa, á expensas del municipio, en la casa de los pobres por el resto de sus días. Consignemos que Bitzer le daba media-libra de te todos los años, lo que era, de su parte, una gran debilidad : primeramente, porque los dones dan por resultado la inclinación al pauperismo, ya que la única cosa razonable es comprar ese comestible lo más barato posible y venderlo á vender lo más caro posible, ya que se ha demostrado claramente por los filósofos que este principio comprende todos los deberes del hombre. No digo una parte de los deberes, sino todos sin distinción.

— No hay que decir gran cosa por ello, señora. Dejando aparte la excepción de costumbre, señora — repitió Bitzer.

— Ah!... — dijo la Sra. Sparsit, moviendo la cabeza, por encima de su taza, y tomando un largo sorbo.

— El Sr. Tomás, señora. Tengo dudas acerca del Sr. Tomás, señora. No me place el modo de comportarse el Sr. Tomás.

— Bitzer — dijo la Sra. Sparsit, con acento imponente — ¿no se acuerda del encargo expreso que le hice acerca del uso de los nombres propios?

— Le pido mil perdones, señora. Su obser-